



## Ejercicios de democracia

27/03/2022 05:00

*(Este artículo se publicó en La Vanguardia el 31 de agosto de 1977)*

De vez en cuando, en la sección de “Cartas al Director” de los periódicos “liberales”, suelen aparecer escritos insolentes de la extrema derecha. Por lo general, son papeles bobos, de una demagogia fatigada, y que uno nunca acaba de leer. Lo curioso del episodio es que, para empezar, los autores de dichas cartas emplazan al director del periódico, precisamente, en su condición de “liberal”. El texto es sistemáticamente provocativo, o absurdo, y se presenta como un reto. Más o menos así: “A ver si usted, que tan democrata y tan liberal dice que es, se atreve a insertar estas líneas en su diario o en su revista”. Se trata, en efecto, de un rollo antidemócrata y antiliberal. Por lo que puedo observar, los directores de estas publicaciones acostumbran a demostrar que son lo que son, y las relaciones y los argumentos de los “ultras” siempre encuentran un espacio afectuoso. O casi siempre. Si no se trata de una imbecilidad fuera de medida, se aprovechan de la tipografía liberal. A menudo vale la pena practicar esa condescendencia: el texto en cuestión se refuta a sí mismo con una sola lectura elemental. Pero hay que guardar las formas.



El “liberalismo” es, ante todo, un compromiso “formal”. ¿No iba por ahí la crítica de Marx? Sólo que las “formas”, una vez aceptadas, obligan: a mucho o a poco, pero obligan. Las llamadas “libertades formales” igual sirven para unos que para otros, fascistas, ácratas, comunistas, vecinos, odontólogos, tenderos, proletarios, registradores de la propiedad, curas, capitalistas nacionales o multinacionales. Teóricamente. En la práctica, el lío es increíble. Pero el recurso a “pedir la palabra”, y a que a uno le sea cedida, en el papel impreso, depende de raras oportunidades, aquí y en todas partes. Una de ellas es la “prensa liberal”. Los liberales, por sus propios principios, se ven encerrados en el círculo vicioso de la “libertad”. Hablo en términos asépticos, hasta donde puedan serlo. Cuando nos evadimos de las dictaduras sistemáticas, ¿qué nos queda sino el residuo “liberal”? Los “no liberales” no toleran la objeción. Por eso, en sus revistas —me refiero a las de la extrema derecha— sólo aceptan “cartas al Director” que sean favorables a sus directrices ideológicas. Publican los aplausos, las adhesiones, la genuflexión.

Yo, más de una vez, sobre el tema, he aportado el testimonio de un olvidado “ultra” francés, Louis Veillot. No respondo de la ortografía del apellido, dicho sea de paso. Era un autor muy citado en “El Mensajero del Corazón de Jesús” y en “El Siglo Futuro”, y en “Acción Española”. Nunca presté mucha atención a las letras, y ahora lo lamento. ¿Veillot? No importa: alguien. Cuyo argumento era éste: “Tú, como te afirmas liberal, y precisamente porque eres liberal, has de respetar mi libertad, aunque yo esté en contra de cualquier libertad; si un día mando yo, como soy antiliberal, no sólo no te toleraré, sino que te condenaré a la hoguera, como en los buenos tiempos del Santo Oficio”. No es una cita textual, ni mucho menos. Pero tampoco hace falta que lo sea. La experiencia demuestra que así ocurre lo que ocurre. Cuando tienen la sartén por el mango los “liberales”, hay que darles una opción a todos, hasta a los “antiliberales”. Cuando los “antiliberales” mandan, se acabó todo: el totalitarismo fascista —y el estalinismo— formalizaron la cosa. De hecho, ser “liberal” es ser tonto. Los supuestos “liberales” con censura y policía no son “liberales”. Son otra cosa.

La contradicción, explícita, no es nada del otro jueves. Viene de antiguo. Y viene de ambos lados: de ambos frentes. La extrema-derecha y la extrema-izquierda coinciden, graciosamente, en reclamar “libertad” mientras no poseen el poder, y en negarla en cuanto “dominan” de alguna manera. Puede que eso sea inexcusable, y que, para ir hacia adelante, en política, haya que sacrificar la “libertad”. Bien mirado, la “libertad” es una entelequia: sólo hay aproximaciones de “libertad”, cuando hay suerte, y siempre es libertad para unos y no para todos. Los “liberales económicos”, hablando de sus “libertades”, son el demonio: no engañan a nadie, o sólo a Adán y Eva pazguatos y consumistas, poco pazguatos y preconsumistas, en definitiva. Lo que la actualidad impone es la figura del “liberal político”. ¿Queda alguno? Educado con reminiscencias de zarzuela, mi inclinación es a dudar. Lo cantaban las compañías de Madrid y provincias: “La Gran Vía”. Para los chicos de hoy “La Gran Vía” y el “Cantar del Mío Cid” constituyen ignorancias académicas estrictas. En “La Gran Vía”, con una música “ratonera”, celebraban al general Espartero: “Liberal, liberal? ¡Ya no hay de ese percal!”. Espartero tuvo tanto de liberal como yo de arzobispo. Ya me dirán ustedes lo que eran los otros: los de su derecha...

¿Y los de la presunta “izquierda”? Buena voluntad, sí que la hubo. Pero las “condiciones objetivas”, como dicen marxistas y marxianos —y marcianos—, no les fueron favorables. Procuraron ser “liberales”, aunque no lo eran demasiado, y tropezaron con piedra: con la “caverna”. Ahora los calificamos de “ultras”; entonces les llamaban “cavernícolas”, que resultaba más bonito y más hilarante. Personalmente, propondría la resurrección del vocablo... Pero a lo que iba: aquí, ni un soto “soi-disant” “liberal” pudo ejercer como tal. Da mucha pena pensar que, en las listas de mandamases del Estado español, reciben la etiqueta de “liberales” señores como: el general Espartero, don Práxemes Mateo Sagasta, el conde de Romanones o Miguelito Maura. Afortunadamente, don Salvador de Madariaga mandó poco: titulado “liberal”, fue el inventor de la “democracia orgánica” de los Cuarenta Años, y sigue en sus trece... La “izquierda” verdadera, los partidos de clase, pensaban hacer a revolución día sí, día no. Se equivocaban: las dichas “condiciones objetivas” ni eran “condiciones” ni mucho menos “objetivas”. La Guerra de España las desmentía. Ganó quien tenía que ganar: a posteriori, que es como se escribe la historia, la cosa no admite dudas. La “victoria” estaba decidida al día siguiente del alzamiento militar. Ocurrió lo que ocurrió porque las cosas son como son.

Y siendo las cosas como son, nadie pudo sorprenderse con los saldos electorales del último junio. El voto fue mayoritariamente “antifranquista”, pero poco: el voto interclasista se apuntó a los programas moderados, y casi todos lo eran. Entre apoyar a González o a Suárez mediaba el canto de un duro. Estoy exagerando, desde luego. Pero no demasiado. Y, en última instancia, no estoy seguro de que Suárez y González hayan “ganado” mucho. El terrorismo “cavernícola” sigue haciendo de las suyas, sin que nadie lo pare. Mi librería habitual, “Tres i Quatre”, de Valencia, acaba de padecer su décima bomba fascista, y ni ésta, ni las anteriores, nunca serán aclaradas por la comisaría del distrito. ¿Qué hay otro terrorismo de signo contrario? Por de pronto, nunca se sabe si es de “signo contrario”. Ciertas impunidades son muy sospechosas. ¿El Estado de que formamos parte y del que somos contribuyentes es un “Estado de Derecho”? Y, de paso, me permito insinuar mi alarma ante las aclamaciones de la “amnistía total”. Las almas cándidas que profieren el eslogan están avalando el terrorismo cavernícola. Hagan ustedes la cuenta, y verán que, en última instancia, difunto más, difunto menos, es la protegida extrema-derecha la que lleva la ventaja. ¿Quién la protege? Las explicaciones, que nadie pide de momento, tendrían que venir desde muy arriba: desde arriba de todo. Pero eso sería pedir demasiado...

Vuelvo a lo de Veillot. El fascista permanente, e “impasible el ademán” (i pobre Dionisio!), exigirá al liberal que sea liberal hasta las últimas consecuencias: la de tolerarle sus barrabasadas. Cuando el facha recobre el poder —eventualidad no despreciable—, no sólo los “liberales”, sino el resto hacia la “izquierda”, volveremos a ser víctimas desgraciadas. Como en los Cuarenta Años, y quizá peor. Yo no soy un entusiasta de la “democracia burguesa”, pero menos da una piedra. Lo que me horripila es que esa “democracia”, tan rígida contra los izquierdosos agresivos, sea tan amistosa con la “caverna”. Ya sé que ha de ser así. Sólo que ¿por qué no guardan las “formas”? Ya podríamos acabar nuestra vejez nostálgica con una “democracia formal”, por lo menos. Pero ni eso...